AQUI Y AHORA

Por "Juan Ruiz"

Para la reforma del Estado

Desde su primera publicación, "Juan Ruiz" se asignó como tarea contribuir a formar la opinión pública de este país sobre los grandes problemas técnicos, a través de cuya solución se sirve cotidianamente la Cosa Pública.

La forma racionalizada del Poder político que se llama Estado no es una abstracción y se hace bien visible—y sensible—en el aparato administrativo, de cuya depuración, puesta a punto y mejor manipulación venimos tratando semana tras semana. En varios artículos pretendemos ahora formular toda una serie de proyectos sobre la verdadera, profunda y necesaria Reforma Administrativa, todavía por hacer.

Hoy abordamos el tema de la enseñanza superior, al que dedicaremos más extensas consideraciones las próximas semanas, reproduciendo las opiniones de dos ilustres universitarios franceses.

¿París sin Universidad?

Con este polémico título ha publicado hace poco en el diario "Le Monde" un artículo el prestigioso profesor Maurice Duverger. En un momento en el que la renovación educativa aparece como problema básico en todo Occidente, resulta de indudable interés conocer las dificultades por las que atraviesan otros países para sacar de ellas la oportuna lección.

Entre otros, Maurice Duverger señala cuatro problemas que se dan hoy en la Universidad de París:

1) Falta de dotación económica adecuada para la creación y conservación decorosa de los edificios docentes, así como para la dotación de las plazas de profesores necesarios. No cabe pedir actitudes respetuosas a los estudiantes si éstos se consideran mal o insuficientemente atendidos.

2) El crecimiento del número de alumnos no debe impedir que "todos los estudiantes reciban al comienzo la seguridad de poder entrar en la Universidad de su domicilio".

3) "La autonomía proclamada por la ley no es fácil de aplicar en un país en el que los edificios, los créditos, las plazas de enseñanza y administración son distribuidas por el Ministerio". Duverger señala que las Universidades, teóricamente autónomas, se disputan diariamente las migajas del presupuesto, y que sus presidentes pasan la mayor parte del tiempo en las antecámaras ministeriales para mendigar las plazas, locales y créditos indispensables. Entre otras consecuencias, esto produce una mayor dependencia respecto del Ministerio y la imposibilidad de efectuar planes a largo plazo.

4) Duverger condena, por último, la tendencia actual para "vaciar el centro de París de la mayoría de los estudiantes, empujando a las Universidades fuera de la ciudad o cerca de sus límites". Se trataría, según esto, de dejar consumirse ("pourrir", dice gráficamente el escritor) la Universidad de París para hacer más fácil el mantenimiento del orden. Pero esto sería "no sólo escandaloso, sino catastrófico para la enseñanza y la investigación, pues no se podría reconstruir antes de decenios el conjunto científico e intelectual agrupado en el centro de la capital".

Estos son, según Maurice Duverger, algunos de los problemas que tiene planteados la Universidad de París.

Difusión de la enseñanza: nacionalismo y democracia

La difusión, también llamada democratización, de la enseñanza es noción sumamente ambigua que significa, al menos, dos cosas bien distintas.

Por una parte, democratizar la enseñanza supone hacerla accesible en todos sus niveles, incluso los superiores, a cualquier ciudadano. En esta acepción la difusión de la enseñanza es imperativo primero de la democracia. Si los ciudadanos han de ser tratados por igual, lo que capacita al hombre en una cultura del trabajo—la enseñanza—, ha de estar por igual al alcance de todos.

Sin embargo, existe la tendencia a confundir el acceso democrático a la enseñanza, esto es la igualdad de oportunidades discentes, con la colación demagógica de los grados, es decir, su pródiga difusión entre quienes concurren a ellos a costa de rebajar el nivel de preparación exigido.

Que esta segunda acepción es en España un peligro amenazador es algo que confirman numerosos ejemplos de nuestra organización docente, desde una educación general básica sin suspensos posibles, hasta el pintoresco "diploma de doctor" —diferente del título homónimo y concedido mucho más fácilmente—que, para uso de extranjeros, ha sido restablecido en nuestras Universidades con la función latente de defraudar la confianza que en la enseñanza superior española depositan los países hispanoamericanos. La proliferación de los centros superiores de enseñanza a iniciativa de las tertulias locales es un importante aspecto de la cuestión del que nos ocuparemos otro día.

¿Cuáles serían los efectos políticos de la difusión de la enseñanza así entendida? Fundamentalmente, dos. Por una parte, el deterioro en la calidad de los graduados españoles que, sin exageración alguna, puede calificarse de catastrófico para la vida de la nación. Si la ciencia—y, por lo tanto, la técnica—española siempre ha estado en tela de juicio, ahora, con unas ciencias humanas debilitadas por la situación que llevó al exilio o al ostracismo lo más granado de nuestra intelectualidad (¡díganlo las Universidades de ambas Américas!), y una tecnología dependiente de las patentes extranjeras, los graduados de escasa preparación profesional y nula creatividad podrían contribuir de forma decisiva a satelitizar definitivamente a España. Cuando en el siglo XX un país no tiene una cultura a nivel del tiempo—entiéndase unos científicos y profesionales comparables a los europeos y una infraestructura correspondiente—no puede mantenerse en pie como nación, y es relegada a la condición de suburbio, en este caso, del Atlántico. *La difusión de la enseñanza a costa de su calidad tendría, por lo tanto, efectos anti-nacionales.*

Por otra parte, en nuestra desigualitaria sociedad, los grados académicos, cuando acreditan una competencia profesional, son un valioso peldaño hacia la igualdad de oportunidades. El hijo del obrero y del pequeño empleado solamente pueden competir con los de la alta burguesía cuando su capacidad para obtener puestos de trabajo y fijar el tipo de remuneración se mide a partir de un título acreditativo de una aptitud profesional. Quien sin una posición social heredada concurre a unas oposiciones con "los hijos del cuerpo", ejerce competitivamente una profesión liberal o busca colocación en la empresa privada sabe muy bien el valor de la preparación personal acreditada en un diploma superior. Si la difusión de dichos títulos merced a una laxitud en su concesión llevase a la desvalorización de los mismos, los criterios de selección profesional no podrían ser ya los grados académicos, sino otros mucho más idóneos para favorecer la desigualdad de oportunidades. En una sociedad formalmente igualada en cuanto a la capacidad—¡un país de licenciados!—, la selección se hará atendiendo a la posición social, y cuando el título de doctor por Barcelona o Santiago signifique prácticamente nada, es muy posible que el M. A. por Harvard sirva para obtener colocaciones... a quienes, claro está, puedan ir a Nueva Inglaterra. *Facilitar demagógicamente el acceso a los grados superiores de la enseñanza* puede ser, como toda demagogia, una medida muy popular, pero de *efectos muy antidemocráticos también.* (G. Vedel).

¿Pueden entenderse Estados Unidos y China?

Nunca habrá tenido lugar en la Historia un partido de ping-pong más trescendental que el que se ha celebrado recientemente entre jugadores norteamericanos y chinos. No se trata, naturalmente, de una simple manifestación deportiva, pues por primera vez también fueron invitados a Pekín cuatro periodistas yanquis, y se le dio al corresponsal del "New York Times" un permiso de estancia en el país de un mes. Es decir, asistimos a una cierta apertura de la "muralla china" y a la invitación indirecta de penetrar, aunque sea sólo por unos días, en la hermética "Ciudad Prohibida".

Comentando aquel "partido", el Presidente Nixon aseguró que su país estaba dispuesto a revisar la política norteamericana en relación a la China de Mao y en el sentido del mejoramiento de sus relaciones comerciales, económicas y políticas (en este orden exactamente). Se habló también de la posibilidad de una eventual entrada de China en la O. N. U. El problema de su permanencia en aquella Organización de la Formosa de Chiang Kai-Chek tiene un curioso precedente, se ha dicho. Ucrania, que es una "República soviética autónoma", es miembro de la O. N. U. con voz y voto *y puede tomar posiciones teóricamente opuestas a las de la Unión Soviética (aunque no se haya producido hasta ahora ningún caso de divergencia). Pero, en fin, si hay "dos Rusias" en la O. N. U., ¿por qué no pueden haber "dos Chinas", la continental y la insular? La sugerencia, hecha en los Estados Unidos, no carece de interés.*

"Objetivamente", suponiendo que pueda usarse este insólito vocablo hablando de política, nada se opone a un mejoramiento de las relaciones—de todo orden—entre aquellas dos "naciones continentales". Desde el punto de vista económico, la apertura del mercado chino a la producción norteamericana y europea occidental abriría un círculo expansionista capaz de superar la crisis de recesión que amenaza tanto a los Estados Unidos como a la Gran Bretaña y los países del Mercado Común. Ochocientos millones de consumidores, aunque sea al bajo nivel del de los chinos, es una clientela a tener en cuenta. Los beneficios para la propia China son obvios, pues aquel país, tal como han podido constatar los jugadores de ping-pong, viven en una austeridad muy vecina de la miseria. La China de Mao es una inmensa masa rural con algunos enclaves industriales netamente insuficientes para elevar el nivel medio de vida durante muchos años todavía.

Desde el punto de vista geográfico no hay contacto físico alguno entre Estados Unidos y China. Contrariamente a la frontera entre los dos colosos comunistas, el chino y el ruso, que es la más larga del mundo (más de 7.000 kilómetros), los norteamericanos y los sujetos de Mao viven en dos mundos distintos entre los cuales no existen, además, los resentimientos coloniales, que tanto han influido en el resurgir de la China revolucionaria. Tengamos en cuenta, además, que fue gracias a la "mediación" del general Marshall, enviado por el Presidente Truman a China, que se formó el Gobierno de coalición entre Mao y Chiang Kai-Chek, que abocó (como sucede siempre en estos casos) a la eliminación del segundo y al control absoluto del primero. Fue precisamente aquel "fracaso" de la política china de Wáshington el arma de que se sirvió el tristemente famoso Joe McCarthy para desencadenar su campaña filo-fascista en los Estados Unidos. McCarthy calificó a Marshall como el "hombre de paja" del comunismo internacional. Aquel insulto y sus ataques a la iglesia protestante, muy partidaria de la política pro-china del binomio Truman-Marshall, fueron la causa principal de la caída vertical de McCarthy. Es decir, existe desde hace muchos años una "tendencia histórica" de los Estados Unidos hacia China, que vive en estado latente y renace cada vez que se ofrece una oportunidad válida.

Hay, sobre todo, una razón política común a Wáshington y Pekín: poner un valladar a la expansión rusa en Asia. Con ocasión de la polémica abierta después del partido de ping-pong, los rusos han hecho una declaración llena de malicia y resentimiento: mientras nosotros llevamos el peso de la ayuda material en armas y municiones al Vietnam del Norte, los chinos se contentan con ayudarles verbalmente. Por otro lado, y en las operaciones de Camboya y Laos, Wáshington ha insistido constantemente en que China nada tenía que temer. Las amenazas sobre una eventual invasión del Vietnam del Norte eran simples "fintas" tácticas para inmovilizar fuerzas norvietnamitas en la frontera con el Vietnam del Sur. Era tan improbable aquella invasión que ni Hanoi tomó las precauciones mínimas para responder a ella. El frente dispuesto a evitar la expansión del imperio ruso en Asia es muy amplio y comprende, además de China y los Estados Unidos, Japón y Australia. Una estabilización interior de la revolución china contribuiría, por otro lado, a un alejamiento de la India de Moscú, pues la única razón de aquellos contactos "amistosos" es el miedo de Nueva Delhi a un Pekín imperialista a su vez. Los golpes sobre el "tenis de mesa" de Pekín han tenido tremenda y ominosa resonancia en el Kremlin.

Jaume MIRAVITLLES